

“De navidad”

Tomas Carrasquilla

[...] De las cosas más cambiadas, entre nosotros, serán, de seguro, las navidades. Lo que son los aguinaldos, pasaron a la historia; que no habrá de entenderse por tales las propinas a los sirvientes, ni los piropos y devaneos de enamorados, que en aguinaldos viven. Con la familia patriarcal se extinguió el carácter de unión, de regocijo doméstico y de santa poesía que esta fiesta tuviera. Ya no se congrega la familia en torno del nacimiento ni en la velada de Nochebuena; ya no rezan los padres, enternecidos y fervientes, la novena, ni se postra de hinojos la abuelita, ni se extasían los niños ante el misterio de Belén; ya no se espera al Niño Dios, ni se sienten en el hogar los evocadores perfumes de la selva, ni le alumbran las candelas simbólicas del pesebre. Este rito, el más excelso y trascendente en la familia de otros tiempos, es ahora un juguete puramente



infantil, más o menos devoto, más o menos reservado, que no tiene más significación que la representativa. Ya no es un pretexto para romerías, ni siquiera para especulaciones. En las montañas mismas no se canta ya El arrullo ni se rebusca al Niño. Ya no existen aquellas comidas semilitúrgicas, mitad banquete, mitad ágape, en que

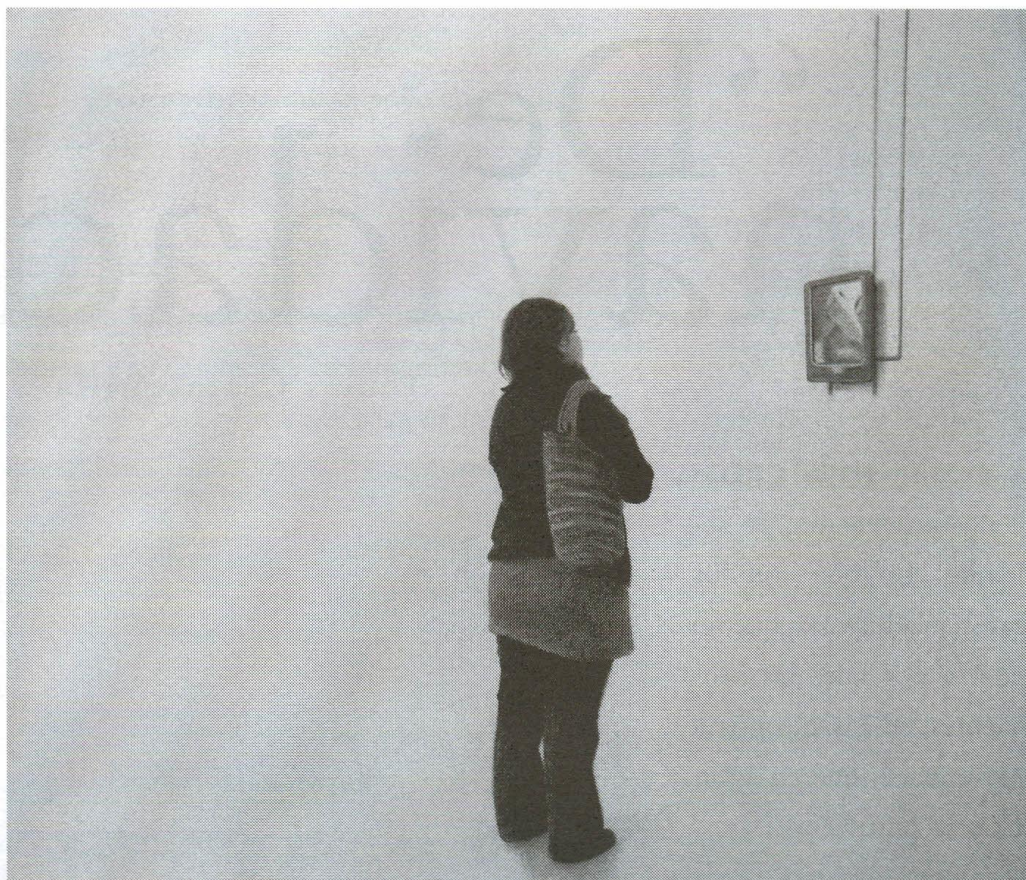
Lázaro se sentaba a la mesa de todo rico. Ciertamente que aún gustamos hogaño los platos clásicos cual los gustaban antaño; pero con el paladar tan solamente: el corazón no entra para nada en estos refinamientos gastronómicos. Ya la familia no interviene en su preparación, ni se da cuenta de ella: o se les compra mercenariamente a punto de servir, o, si se les confecciona en casa, se les dará, cuando mucho, traslado a la señora. A nadie más.

Ya el airón de humo, la candela, el lar; eso que implica y simboliza un común lazo, un mismo afecto, el calor tutelar de los padres, el cariño recíproco de los hermanos; que se ha celebrado por alguna fórmula en todo tiempo, bajo todas las religiones y todos los gobiernos; eso, que da origen y nombre a la familia, ya no tiene rito, ni una remembranza, tan sólo, en las montañas antioqueñas. Ya no tenemos lares: nuestras mansiones espléndidas están sin fuego. Tal vez ya no tengamos ni aun penates.

Ciertamente que en la tierra del hogar cristiano y de los parientes de María Santísima, tendremos de congratulamos mucho y siempre con Cristo, el día de su natalicio; tendremos de agradecerle profundamente el derecho de entrar al Cielo que nos trajo, y la paz "a los hombres de buena voluntad" y algunas

otras menudencias del aguinaldo. Hoy, más que nunca, le celebramos soberbios cumpleaños. Días como ése nos alegramos tanto, que se nos olvida hasta el nombre del celebrado. Cosas de familia, al fin. [...]

[...] Decíamos de aquellas navidades. Desde la víspera era eso un mare mágnun; cabalgatas de caballeros y de damas, caravanas pedestres de las clases pobres, coches de punto y de particulares, carros y carretillas cargados de paseantes, ciclistas y bandas, murgas y charangas, cohetes y triquitraques. Por la noche retañe la jarana por esos ámbitos: el trajín de vehículos y viandantes, los cantorrios, los gritos, los berridos, la pólvora, el aguardiente. Un globo surca el éter, con vuelo sosegado de ángel bueno; cabecea otro, torpe y reacio, como diablillo insurrecto; se va éste de sesgo; aquél derecho: es otro se inflama a lo mejor; el que principia bien se tuerce, el que mal, se endereza, mientras unos se pierden otros surgen. Qué suerte más varia hasta en los mismos globos! Ya les echan de Santa Elena, ya de El Picacho, ahora de San Cristóbal, ahora de Las Nieves. No les van en zaga las gentes de abajo: del riñón de la ciudad, de los arrabales, de los suburbios, les retornan el aguinaldo. No bien asoman se les nota, hasta en el aire, el aire



cortesano: de colores gayos, con formas esbeltas de pera o de linterna, abigarrados, a dos colores, a listas, en zonas, en rombos, tales llevan banderolas, a cuáles les cuelgan figurones, como de ángel, como de monstruos. Principian en Bello: les echan de las quintas vecinas, de las carreteras, de las calles, de la plaza de la aldea. A cada uno que cae, corren a buscarlo, a grito pelado, sin pensar en distancias, toda la chiquillería y hasta la grandería.

Ínterin la pólvora canta el *Gloria in excelsis Deo*, en un ¡chis pún! arreíto. Ya que no con la palabra ni con la

oración colectiva, nos comunicamos y unimos en Cristo por medio de los cohetes. Los de las cordilleras circundantes convergen a Medellín; los de Medellín se riegan por las cordilleras. Se cruzan, se traban, se combinan y, aunque por instantes tan sólo, le rayamos el Cielo al Niño con lápiz de candela; se lo poblamos de jeroglíficos y desde las alturas le desgajamos espiras, tirabuzones y culebras; le inventamos un Sinaí de tronamenta alegre, y le hacemos descender, no el fuego vengador de Elías, sino estos bólidos multicolores y deslumbrantes, que no se vieron en Belén de Judá.

Siguen los luminares por abajo; que alguna vez habrá de imitarse lo del cielo. Por dondequiera se inflaman las bengalas, dispáranse chorrillos y pañueletas, arden infiernos y gargantillas, estallan casacas y petardos, y el buscapié y el triquitraque persiguen a cristianos y espiritistas. Pues es de saberse que, en tales fiestas, si los adultos derrochan en juguetes, los chicos, por más que papá vaya a prender la casa, gastan en pirotecnia cuanto consiguen en ese mes propicio. La pólvora es pasión del antioqueño. Si no es amor al humo, será señal de heroísmo; de gloria, en todo caso.

Principian los juegos refinados, las delicias de la pólvora fantástica. Hacen las girándulas flores y custodias, fuentes hacia abajo y hacia arriba, duchas y regaderas en todo sentido; aquí forma el castillejo un altar bizantino; allí arden los largueros, parodiando la columna que guiaba a Israel; acullá, remedan las coronas unas pagadas, que giran como la Casa de Oro del gran Nerón, y arman las vacalocas unos trafalgares formidables. En tanto que las casas y los árboles, con sus hileras, sus ondulaciones y sus quingos de farolillos a la veneciana, multiformes y multicolores, deslumbran, en una apoteosis de quietud y serenidad.

Llegan a la aldea gentes y más gentes. Los ventorros, los fonduchos, estanco y estanquillos están de bote en bote; los viandantes despeados se tiran en el césped de la plaza, se sientan en los quicios, se hacinan en los andenes. En la carretera siguen las cabalgatas y coches: invitados que van a las casas de más abajo, invitados que llegan a las del pueblo, alquiladas por medellinenses. Al pie de los mangos y bajo las barreras que se han levantado para las corridas, hay puestos de licores y comestibles, y fritangas de buñuelos, empanadas y chicharrones.

Son pulperas de la ciudad que han venido a hacer su agosto. Toda la caimanería del bronce, toda la bohemia de El Blumen y de los antros de Guayaquil, discurre por ahí revuelta con La Horda, con la cachaquería de alto bordo, con el alcalde y el cuerpo de policía. En las casas se sienten el baile, los cantos y el bureo, y en las calles se desborda el aguardiente. [...]

Tomás Carrasquilla (Santo Domingo-Antioquia, 1858- Medellín-Antioquia, 1940). Fragmentos extractados de "Grandeza", Obra completa, vol. 2, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2008, pp. 645-648.